



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 14.º (1)

El proceso del arzobispo, que había estado á punto de cortar las relaciones entre la corte española y el gobierno pontifical, había causado también poderosa sensación en Roma. Las raras circunstancias con que comenzara en tiempos de Paulo III, el interés que produjo en sus sucesores, la larga duración de los procedimientos judiciales y la calidad del perseguido habían llamado la atención no solo de los altos prelados sino hasta del pueblo bajo de la capital. La opinión romana era completamente contraria á la opinión española: considerábase esta como sospechoso, y aquella acataba la pureza de su religión, conmoviéndose al escuchar sus padecimientos. Decíase que el temor á Felipe II encadenaba la justicia

de los cardenales, y mirábanse como opresores los delegados de la Inquisición de España.

No es extraño así que el sábado 14 de abril de 1576 fuese un día de ocio para la mitad del pueblo romano. Preguntábase la gente si pronunciaría el Papa realmente la sentencia del arzobispo, no dudando de su completa absolución. Destacamentos de la guardia pontifical ocupaban las avenidas del Vaticano, y desde por la mañana notábase gran movimiento de coches y literas.

Por un pasadizo secreto había llegado Carranza desde su prisión en Santángelo á la sala de Constantino, en compañía de fray Antonio de Utrilla y otros clérigos y pages: allí debía esperar que le llamasen para oír de boca del Santo Padre la decisión de su fortuna. Ocupaban entretanto la sala ordinaria de sesiones los cardenales de la congregación del Santo-Oficio que iban sentándose, á medida que llegaban, en bancos de púrpura; los consultores y ministros de la causa, los simples prelados quedaban á su lado en pié. A las tres de la tarde, precedido de sus maceros, entró
Madrid 7 de noviembre de 1841.

(1) Véanse los catorce números anteriores.

el Sumo Pontífice en el salón, y saludando á la concurrencia fué á ocupar su silla debajo del dosel esmaltado con las llaves y la tiara de san Pedro. Todos se inclinaron ante su presencia y volvieron luego á tomar su sitio respectivo. Un silencio profundo reinó algunos instantes: interrumpiólo el Papa mandando al obispo de Nicastro y al conde Préperi, su camarero secreto, introducir al procesado. Llegó el arzobispo de Toledo seguido de los maestros de cámara y ceremonias, acompañado de los doctores Delgado y Alpizcueta, defensores de su causa: acercóse con pausados y modestos ademanes, hincándose de rodillas á poca distancia de la silla pontifical. El fiscal del proceso, don Luis Salgado, se arrodiló también, y en lengua latina y con entera voz, dijo volviéndose al Papa:

«Beatísimo padre: yo he hecho
« citar ante vuestra Santidad al ar-
« zobispo de Toledo para oír la
« sentencia de su causa que pende
« ante vuestra Beatitud. Suplico á
« vuestra Beatitud pronuncie en
« ella como mas sea del servicio
« de nuestro señor, autoridad de
« esta Santa Sila, edificacion de la
« cristiandad y ejemplo de todos,
« de manera que los que se han do-
« lido de su culpa se huelguen de
« su castigo.»

—«Término tenemos para senten-
ciar» respondió el Pontífice, y en-
tregó cuatro pliegos de papel al

secretario de la causa Alonso Cas-
tallon, que poniéndose inmediata-
mente de rodillas, comenzó á leer-
los. Escritos y ordenados por Juan
Antonio Santoyo, cardenal y ar-
zobispo de Santa Severina, conte-
nían la relacion de todo lo ocurri-
do en el proceso desde las comi-
siones de Paulo IV, tocando el
punto de la recusacion, la venida
á Roma y las demas ocurrencias
hasta la muerte de Pio V. Aludíase
á las calificaciones del Catecismo
cristiano y de los papeles inéditos;
recapitulábanse las culpas; y se le
acusaba de haber dicho y escrito
proposiciones luteranas, de haber
tenido comunicacion con hereges,
de haber leído sus producciones,
explicando la frásis de sus obras,
singularmente de los mas peligro-
sos, como Martin Lutero, Juan
Ecolampadio, Martin Bucero y
Felipe Melanchton, estraviando así
la imaginacion de las almas débiles;
por todo lo cual, oído el parecer de
los consultores, con la mayor consi-
deracion y madurez pronunciaba el
Sumo Pontífice su sentencia. Man-
dábale en ella adjuar diez y seis
proposiciones luteranas de cuya
creencia le declaraba vehementem-
ente sospechoso: suspendíale del
ejercicio de su dignidad de arzobis-
po de Toledo por tiempo de cinco
años que había de pasar recluso en
el monasterio dominico de Orvieto
en la Toscana, quedando en el
convento de la Minerva mientras
no marchaba á su destino. En pe-

nitencia espiritual se le designaron algunas obras de piedad y devocion, siendo una de ellas recorrer un día las siete iglesias de estacion de Roma, San Pedro, San Pablo, San Juan de Letran, Santa Cruz de Jerusalem, San Sebastian, Santa Maria la mayor y San Lorenzo. Fué declarada válida y legítima la prohibicion que publicó la Inquisicion española del *Catecismo* en lengua castellana.

Leida que fué la sentencia, dos maestros de ceremonias trajeron un almohadon de púrpura que colocaron delante del arzobispo, de rodillas aun: pusieron encima un misal; y el notario apostólico, en voz alta é inteligible aunque con mucha rapidez, leyó las diez y seis siguientes proposiciones: — «Las obras hechas sin caridad, sean de la naturaleza que fueren, son pecado y ofenden á Dios.—La fé es el instrumento primero y principal con que se asegura la justificacion.—El hombre se justifica formalmente por la justicia misma de Cristo, por la cual hizo méritos para nosotros.—Nadie consigue la justicia de Cristo, sino creyendo de cierto con fé especial haber llegado á tenerla.—Los que están en pecado mortal no pueden entender la sagrada Escritura ni discernir las cosas de la fé.—La razon natural es contraria á la fé en las cosas de religion.—El fomes del pecado queda en los bautizados con la calidad misma de pecado.—En el pe-

cador no queda la verdadera fé cuando ha perdido la gracia por el pecado.—La penitencia es igual al bautismo y no es otra cosa que vida nueva.—Cristo, señor nuestro, satisfizo por nuestros pecados tan eficaz y plenamente, que no se nos pide á nosotros ninguna otra satisfaccion.—La fé basta por sí sola para nuestra salvacion, aun sin obras.—Cristo no fué legislador, ni le convino dar ley.—Las acciones y obras de los santos solo nos sirven de ejemplo y no pueden auxiliarnos en otra forma.—El uso de las santas imágenes y la veneracion de las reliquias de los santos son leyes meramente humanas.—La iglesia presente no tiene la misma luz ni autoridad igual que la primitiva.—El estado de los apóstoles y de los religiosos no se distingue del estado comun de los cristianos.»

A estas diez y seis proposiciones redujo el Sumo Pontífice las cuatrocientas declaradas heréticas por los arzobispos de Santiago y de Granada, y aun no consta que escribiese Carranza las señaladas tales como son en sí, pues algunas se inducian del testo de sus obras, sin tener el mismo valor literal. Abjurólas sin embargo sobre el sagrado libro, conforme á la sentencia, y fué absuelto *ad cautelam* de todas las heregias en que pudiera ser tenido por sospechoso. Levantóse entonces y llegóse á los pies del Papa que le dijo: «En atencion á que sois pri-

mado de España, donde se castigaban los errores con mas rigor que en otras partes y por eso está muy limpia de hereges, debierais ser mas severamente castigado; pero considerando vuestra profesion, lo que habeis enseñado y predicado, y vuestro largo encarcelamiento, vengo en usar con vos de misericordia, y si os aprovechais de ella en lo venidero, viviendo con el ejemplo y recato que debeis, la podeis esperar mayor.» Pronunciadas estas palabras, llamó al capitan de su guardia Honorato Cayetani, encargándole la conduccion del arzobispo al monasterio de la Minerva donde habia de tratársele con el respeto debido á su rango, dándole los aposentos del general: volviéndose luego á Carranza, le dijo: «Id en paz y cuenta no salgais sin mi licencia.»--Hizo venir el Pontífice en seguida á D. Lope de Avellaneda, a quien agradeció en corteses frases el cuidado que habia mostrado en la guarda del arzobispo prisionero; dió á besar su pié á los doctores Alpizcueta y Delgado y se marchó á su habitacion, acabándose aquel acto solemne y retirándose los circunstantes conmovidos.

Descansó aquella noche el arzobispo en la Minerva, mal parado aunque libre al fin de la interminable causa. Era el dia siguiente domingo de Ramos, y ayudado de sus capellanes dijo misa solemne en la capilla: entregóse desde entonces con ansiosa actividad á los

ejercicios religiosos, dando de comer el jueves al refectorio entero y ayunando rigidamente el viernes santo, al par que su devocion admiraba á los dominicos de Roma. Llegada la pascua de Resurreccion, celebró solemnemente el primer dia comulgando luego á sus criados. Háblale señalado el Papa el último para que anduviese las estaciones; pero anticipó al segundo su salida, porque habiendo corrido la voz en la ciudad, se habia conmovido el pueblo por verle, y se citaban las gentes en las calles y en el pórtico de las iglesias para conocer al célebre arzobispo español.—Al considerar el estado de la plebe romana, temieron los cardenales un tumulto, tal era la sensacion que produjeron las desgracias del prelado; y aconsejaron al Pontífice que frustrase los intentos de los que tal vez iban á sacar partido de la compasion popular.

Al notificarle el Papa su inesperada resolucion, encontróse Carranza desprovisto y poco preparado por lo avanzado de la hora para verificar decentemente su salida: hizo presente y suplicó que se alargase el plazo; pero Su Santidad insistió, ofreciéndole coche, litera, caballos, criados, libreas y cuanto pudiese serle útil. Nada admitió el obediente prelado: aceptó el coche de su amigo don Luis de Torres, arzobispo de Monreale en Sicilia, y empezó de madrugada á visitar las iglesias que le prescri-

biera el Pontífice. Empezó por San Pedro, siguiendo por San Pablo, San Sebastian, San Juan de Letran, Santa Cruz de Jerusalem, y San Lorenzo hasta Santa Maria la mayor. En san Juan dijo su última misa, y en todos los templos le fueron mostradas las reliquias y ornamentos, recibéndole el clero con los mas distinguidos honores: en todas partes dejaba señales de su paso en regalos para el culto y en limosnas á los indigentes, que repartía con notable liberalidad.

Sintióse incómodo al volver al monasterio, atribuyendo su mal á la retencion de orina que le ocasionaron las largas ceremonias de san Juan de Letran y su prolongada visita. Llamóle aquella misma tarde Gregorio XIII para consultarle asuntos de grave interés, pero ya estaba en la cama con fuertes dolores y escusóse de asistir por esta razon. Envióle entonces el Papa á su confesor para que lo visitase en su nombre y le consolase en sus padecimientos. Reuniéronse médicos aquella noche, pero el mal habia progresado espantosamente y fué declarado mortal. El 30 de abril, ya completamente desahuciado, envió Carranza un mensajero al Papa que estaba en su villa á doce millas de Roma, con un memorial en que pedía su absolucion: la absolucion de culpa y pena vino sin pérdida de tiempo, y entonces confesó con fray Alonso Chacon el arzobispo, recibiendo por la no-

che el viático de manos del prior de la Minerva, acompañado del vicario general de la orden, de varios religiosos y de los criados del primado de Toledo. Llamó luego á los secretarios de su causa, presentes á tan triste ceremonia, y con voz tarda pero distinta y en lengua latina para que todos lo entendiesen, hizo la siguiente declaracion:

«Atendida la sospecha formada
«contra mí de haber incurrido en
«los errores contra la fé que se
«me han imputado, me considero
«en obligacion de manifestar lo que
«siento en este punto por el paso
«en que me hallo, para lo cual he
«hecho llamar á los cuatro secre-
«tarios de mi causa. Pongo por
«testigo á la corte celestial, y por
«juez á este soberano Señor que
«viene en este Sacramento, y á
«los santos ángeles que con él es-
«tán y tuve siempre por mis abo-
«gados; y juro por el mismo se-
«ñor, por el paso en que estoy,
«y por la cuenta que pienso dar
«á Dios muy luego, que mientras
«léí teología en mi orden, y des-
«pues cuando escribí, enseñé, pre-
«diqué y disputé en España, Ale-
«mania, Italia é Inglaterra, me
«propuse siempre por objeto en-
«salzar la fé de nuestro señor Jesu-
«cristo é impugnar á los hereges.
«Su divina Magestad se sirvió de
«ayudarme en esta empresa suya
«de manera, que con su gracia
«convertí en Inglaterra muchos
«hereges á la fé católica; y cuan-

«do fui con el rey, nuestro señor,
 «hice con su acuerdo desenterrar
 «los cuerpos de los mayores here-
 «ges que hubo en aquel tiempo y
 «que se quemasen con grande au-
 «toridad de la santa Inquisicion.
 «Los católicos, tanto como los he-
 «reges, me dieron el título de
 «primer defensor de la fé. Puedo
 «asegurar con verdad haber sido
 «siempre uno de los primeros que
 «trabajaron en este santo negocio,
 «entendiendo en muchas cosas de
 «estas por orden del rey nuestro
 «señor. Su Magestad es buen tes-
 «tigo de parte de estas proposicio-
 «nes; yo lo he amado y le amo
 «ahora muy de veras, tanto que
 «ningun hijo suyo le tiene ni le
 «tendrá mas firme ni mas verda-
 «dero amor que el mio.

«Aseguro tambien que nunca en-
 «señé, prediqué ni defendí en to-
 «da mi vida la heregia ni cosa
 «contraria al verdadero sentido de
 «la iglesia romana, ni caí en error
 «alguno de los que se han sospe-
 «chado contra mí tomando mis pa-
 «labras y proposiciones en sentido
 «diferente del que yo les daba, y
 «juro, por lo que tengo dicho y
 «por el mismo Señor á quien he
 «puesto por juez, que jamás me
 «pasó por el pensamiento ninguna
 «cosa de las indicadas, ni de todas
 «las otras que se han citado en
 «el proceso contra mí, ni se me
 «ofreció en toda mi vida el dudar
 «sobre ninguno de tales puntos de
 «doctrina; pues antes bien leí,

«escribí, enseñé y prediqué la
 «santa fé con tanta firmeza como
 «ahora la creo y profeso al tiempo
 «de mi muerte.

«No por eso dejo de recibir en
 «concepto de justa la sentencia de
 «mi proceso, pues es pronunciada
 «por el vicario de Jesucristo. Yo
 «la he recibido y tengo por tal,
 «atendiendo el ser, como es, el
 «juez prudentísimo, rectísimo y
 «doctísimo, ademas de la dicha ca-
 «lidad de vicario de Jesucristo.
 «Perdono ahora por el paso en que
 «me hallo, y he perdonado siem-
 «pre, cualquier agravio que ha-
 «yan pretendido hacerme de cual-
 «quier modo los que han sido par-
 «te contra mí en esta causa, ó han
 «entendido en ella de alguna forma.
 «No he tenido rencor contra nin-
 «guno de ellos, antes bien los en-
 «comendé á su divina Magestad;
 «y ahora lo hago de veras, amán-
 «dolos de corazon; y prometo que
 «si voy al lugar donde espero ir
 «por la voluntad y misericordia
 «del Señor, no pediré nada contra
 «ellos en el tribunal supremo, sino
 «al contrario rogaré á Dios por
 «todos.»

Al acabar con voz apagada estas
 razones que principió con voz en-
 tera, corrian las lágrimas por las
 mejillas de los circunstantes. Reci-
 biendo despues los sacramentos, des-
 cansó un cuarto de hora con el ma-
 yor silencio, interrumpido solo por
 algunas exclamaciones y fragmentos
 de salmos que murmuraba el mo-

ribundo. Llamando en seguida á sus criados les hizo una plática exhortatoria llena de ternura y de bondad, encomendándoles la union, la devocion constante, y sintiendo no poder dejarles tantas mandas como hubiera querido para mostrarles su agradecimiento. Ante uno de los secretarios de su causa otorgó testamento conforme á un memorial ajustado en Cartajena, dejando por albaceas á don Antonio de Toledo, gran prior de la órden de S. Juan y caballero mayor del rey, á los doctores Martin de Alpizcueta y Alonso Delgado, sus defensores; á Don Juan de Navarra, canónigo dignidad de la iglesia de Toledo, hijo del conde de Lodosa; á fray Hernando de San Ambrosio, su procurador, y á fray Antonio de Utrilla, ejemplo de cariño y fidelidad. Dejó algunos legados para redimir cautivos, para casar huérfanas doncellas del arzobispado, para iglesias, hospitales y obras pias, señalando mandas á sus criados, conformes á la calidad y al tiempo de servicio de cada uno. Su testamento era nulo por derecho: los obispos no tienen facultades para testar sin autorizacion del Papa que percibía en aquel tiempo sus herencias y sus espolios. Gregorio XIII sin embargo, mandó cumplir exactamente todas las disposiciones piadosas del arzobispo.

Acerbos dolores afligieron al dia siguiente su debilitada constitucion; mas su semblante estaba sereno y

ninguna queja salió de sus labios. Los mas altos personajes de Roma acudieron á visitarle: el monasterio estaba lleno de gente de toda especie, ansiosa por llevar noticias de su salud. A la noche, mas tranquilo, pidió que le leyeran la pasion por el evangelio de san Juan y que rezasen luego los siete salmos con letanías: al llegar á las preces, uno de los religiosos que acompañaban al arzobispo, dijo al ver su inmovilidad y su silencio: «ya ha espirado, dígamele requiem eternam.»—No es tiempo de eso todavía, respondió el moribundo; acabad despacio como empezasteis y dígame el símbolo de san Atanasio.» Escuchó con la mayor atención aquellas palabras de consuelo, y á las tres de la mañana, sin quejas y sin ruido, volvió la cabeza y espiró.

Rayaba el 2 de mayo de 1576 cuando llevaron al Papa la noticia: inmediatamente mandó que abriesen los médicos el cuerpo para hacer la autopsia del cadáver; vistiéronle luego sus criados de pontifical para enterrarle con toda la pompa del catolicismo, y espusiéronlo en un salon con negras colgaduras y alumbrado por ochenta y cuatro blandones. Increíble número de gentes acudió á verle allí: el pueblo romano se precipitaba á las puertas: besábase uno la mano, otro los pies, otro los ornamentos y el féretro con exclamaciones y suspiros. Así permaneció hasta el

dia siguiente: había señalado el Papa para su entierro las dos de la tarde, mandando á los vecinos limpiar y regar las calles del tránsito; pero el concurso era sobrado numeroso, y por evitar tumultos y riñas se anticipó la hora. Lleváronle temprano por los claustros á la iglesia que el pueblo ocupaba ya: levantábase un túbulo llano frente al altar mayor, donde el vicario general ofició solemnemente. Fué sepultado el cuerpo con atahud en medio del coro del monasterio, entre dos cardenales de la casa de Médicis, á cuyos lados brillan las estatuas de mármol de Leon X y Clemente VII, individuos de la misma familia y papas contemporáneos del emperador. Al siguiente día se hizo un túbulo mas suntuoso, cubierto de ricos paños de terciopelo, lleno de velas de cera, poblado de hachas y blandones, donde se verificó pomposamente el novenario. Gregorio XIII mandó poner en la losa de su sepulcro un epitafio que en vez de hacer sospechosa su fé, vindica su memoria y abona sus creencias. (1)

A los setenta y tres años murió el célebre arzobispo de Toledo. Víctima de la violenta reaccion que

trabajaba la Europa, arrastró una gran parte de su vida en la soledad de su prision: católico tolerante y sincero, padeció el dolor de verse tachar como luterano: adversario declarado de los hereges, fué acusado sin embargo de heregía. Humilde y puro en sus costumbres, poco ambicioso pero limosnero, modesto y detenido en sus palabras, dotado de prodigiosa memoria y de incansable actividad, con poca experiencia del mundo y de los hombres, se había entregado sin disimulo á la moderacion de sus sentimientos en época que dominaban las pasiones. En el choque de revoluciones y reacciones sucesivas que estremecian el mundo, cayó como otros tantos, víctima de una imparcialidad noble, pero inconsiderada. Cuando empezó su célebre proceso quedó atenta á su fallo la asombrada Europa, el primado de las Españas, acusado de heregía, daba un espectáculo singular que reclamaba la atencion. La reaccion católica necesitaba inflexibilidad en sus esfuerzos: la invasion protestante requería un escaermiento que la contuviese: Carranza, complicado por raras circunstancias y estrañas delaciones

(1) DEO ÓPTIMO MAXIMO. BARTHOLOMÉO CARRANZA, NAVARRO, DOMINICANO, ARCHIEPISCOPO TOLETANO, HISPANIARUM PRIMATO; VIRO GÉNERE, VITA, DOCTRINA, CONTIONE, ATQUE ELEMOSINIS CLARO; MAGNIS MUNÉRIBUS A CAROLO V IMPERATORE

ET A FILIPO II REGE CATOLICO. SIBI COMMISSIS, EGREGIÉ FUNCTO; ANIMO IN PRÓSPERIS MODESTO, EL IN ADVERSIS ÆQUO. OBIIT ANNO MCLXXVI, DIE SECUNDO MAII, ATHANASIO ET ANTONIO, SACRO: ÆTATIS SUÆ LXXIII.

fue el holocausto de la gran lucha. Mucha parte tuvieron sin duda en su persecucion la envidia y el fanatismo de sus contrarios, pero no fueron la causa; entraron en elementos, porque la providencia se vale de las pasiones del hombre, como medios útiles para los grandes movimientos que alteran la sociedad. El crimen del arzobispo de Toledo fué su época: su persecucion era la corona de aquella formidable restauracion católica que, partiendo desde España, y levantando autos de fé en Valladolid y en Sevilla, anunciaba á la reforma guerra sin tolerancia y sin cuartel.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

Bedkandir.

CUENTO ORIENTAL.

La estupidez de un gobierno opresor ha borrado en algunos paises de Persia, pais risueño y agradable, hasta los vestigios de la cultura y la civilizacion. Gi-
miendo en la miseria y tristes en la

esclavitud, las poblaciones se han destruido ó dispersado, y regiones muy pobladas en otro tiempo, cubiertas de verdes y amenos prados, son en el dia un espantoso desierto; pero al escapar del dominio del hombre han reconquistado su primitiva y agreste libertad.

En uno de estos desiertos vivia ignorado, sin familia, enteramente solo un pastor llamado Bedkandir, que solo contaba veinte años. A la juventud unia la hermosura, y aun otra cosa mejor, la sencillez ingénua y graciosa, último beneficio que la naturaleza concede para adornar todo lo que antes ha dado; pero Bedkandir ignoraba lo que valia y ningun adulador habia podido decirselo. Tres cabras y un caballo cejo componian toda su corte; olvidaba un perro, antiguo compañero de su amo. Durante la noche le servia de custodia y por el dia era su amigo, sumiso y cariñoso.

La cabaña de Bedkandir, construida con ramas, entapizada de musgo se hallaba situada en la pendiente de una colina ó mas bien en una pradera en forma de pirámide. A su alrededor, bajo un cielo terso como el agua estancada de un lago, se descubria una vasta circunferencia terminada por una linea de sicomoros y otros árboles que se doblegaban el peso de sus frutos. El silencio dejaba percibir el ruido de una cascada, lanzada desde la altura de una montaña inmediata al fondo del valle. En él, ya no era mas que un arroyuelo serpenteando tranquilamente y fertilizando la llanura. Algunos pastores solian conducir desde muy lejos sus ga-

nados á este retiro; Bedkandir hacia los honores de su mansión sin lo cual se hubiera creído solo en el mundo. Para recibir visitas es necesario tener algo que ofrecer, aun cuando no sea mas que agua.

¿Era feliz el solitario pastor? ¿Quién sabe! Comía, se paseaba, dormía mucho y trabajaba poco. Esto es cuanto puedo decir. ¿Consiste en esto la felicidad? Para buscarla, según unos, es necesario agitarse: yo opino que existe en el reposo: corriendo detrás de ella, se aleja uno cada vez mas.

Bedkandir habia llegado demasiado jóven á su retiro para conservar el menor recuerdo tradicional. Su padre le habia llevado á ella. Su padre, hombre fantástico, quiso estudiar las leyes y las costumbres de la tierra y se dedicó á viajar. Habiendo encontrado por todas partes el altanero desprecio del poderoso para con el pueblo y el punzante desprecio del pueblo para con el poderoso: la incurable credulidad de las naciones que toman por libertad el corto espacio que media de uno en otro yugo: la inmensa carga de contribuciones que se exigen ya á nombre de uno solo ya en el de muchos; habiendo reflexionado sobre tanta miseria por poco no le aboga un esceso de risa convulsiva. El mundo está plagado sin duda de males; los hombres cometen demasiadas injusticias y su carácter es bastante inconsecuente para cansar la paciencia del mas sufrido: el choque de las pasiones, el rumor de la vida social, las oleadas de orgullo que se estrellan sin dejar mas que espuma, merecen

ó que se compadezcan ó se desprecien; pero no que se tome una resolucion semejante á la adoptada por el padre de Bedkandir.

Una mañana se presentó en la plaza pública, distribuyó todos sus bienes entre la multitud, conservando únicamente su mujer y su hijo y se ausentó de la ciudad para olvidar en un destierro involuntario á la necia especie humana que no estaba en su mano conciliar pero que hubiera podido soporitar como otros muchos.

Al saber su partido, sus amigos le consideraron unos como sabio, otros como loco. Tal vez era ambas cosas á un tiempo, y me fundo en que se ausentaba de los hombres y no pudo vivir sin ellos: murió, yéndose como un viajero que tiene prisa. Su mujer le habia precedido, lo cual no es extraño, porque tenia menos filosofía.

Bedkandir quedó huérfano á doce años. Se golpeó el pecho y se arañó la cara. Tendido en el suelo pasó dos días sin tomar alimento. El tercero comió alguna cosa, y lloró mucho. Al día siguiente comió algo mas y lloró menos. Como se encontraba solo no tenia necesidad de guardar miramientos. La delicadeza que nos hace derramar lágrimas durante un tiempo determinado señalado de antemano, es una perfeccion de sentimentalismo, enteramente desconocida en el desierto.

Un pastor anciano conmovido por el abandono de Bedkandir, venia con frecuencia á ayudarle á cultivar su jardín, del cual se llevaba los mejores frutos.

Así pasaban tranquilamente los años

de Bedkandir, verdadero hermitaño, aparte las oraciones.

Estaba un día sentado cerca de un arroyo, tomando el fresco bajo un platano de anchas hojas. Su perro, acostado á su lado, tenia en él fija la vista. Era precisamente el día y la hora en que cien leguas mas distantes, Bayaceto vencido trocaba su trono de oro por una jaula de hierro. Bedkandir, sin pensar en nada, se entretenia en tirar chinitas al arroyo.

De repente se presentó á su vista un hombre andando con trabajo. Salía del bosque. Nunca habia visto nuestro solitario un hombre como aquel. ¡Qué traje tan magnífico! Las pedrerías que sembraban su vestido, parecia que recibían los rayos del sol para reflejarlos mas brillantes. El ingénuo Bedkandir se creia en presencia del Profeta y estuvo á punto de esclamar: «Dios bendijo á Mahomet,» si el perro no hubiese ladrado, y si la voz suplicante del desconocido no hubiera pronunciado estas palabras:—«Por compasion, dadme algun alimento, que estoy espirando.»

Esta súplica alejó del pensamiento de Bedkandir toda idea de divinidad. Ofreció inmediatamente al estrangero frutas, leche y su cabaña: ¡y cuál no fué su sorpresa al verle beber y devorar con ansia los manjares! No podia concebir como se podia tener un hambre tan canina llevando tan magníficos vestidos. Bedkandir permaneció mudo de asombro. Su huesped tampoco hablaba. Los ahullidos del perro turbaban solo el silencio, porque el animal, no sabiendo hacer distinciones entre el rico y el

pobre, se admiraba que por primera vez no tenia participacion en el banquete.

Habiendo mitigado su sed el desconocido se puso á examinar el lugar donde acababa de encontrar la hospitalidad. Los muebles le parecieron tan sencillos, que exclamó levantando los ojos al cielo: «Oh Mahomet... ¡qué miseria! Bedkandir que como desconocia las riquezas ignoraba lo que significaba miseria, tomó la exclamacion por un cumplimiento. Lleno de un ardiente celo, corrió á buscar una estera, la estendió, la cubrió de hojas y se alejó en seguida para dejar á su huesped disfrutar de las dulzuras del sueño.

Por la tarde, mientras que el uno dormia aun y el otro jugaba con su perro, una multitud de hombres seguidos por doce camellos cargados, se presentaron inopinadamente á la puerta de la cabaña. Al confuso ruido de las voces, el desconocido se despierta y presenta. A su aspecto los hombres dan gritos de júbilo, caen á sus pies y hunden sus frentes en el polvo. Bedkandir cuyas rodillas no se doblaban sino ante el sol naciente para darle gracias por su vuelta, ó ante la tempestad para conjurarla que se apacigue no se cansaba de mirar aquella ceremonia. Su sorpresa es advertida por el estrangero que le dice sonriendo:—Estos son mis esclavos que han salvado mis camellos y mis tesoros.—¿Tus esclavos?—Si: ¿de que te admiras? No tienes aquí ningún hombre que te pertenezca?—Ah! solo tengo mis cabras y mi perro.»

Entonces el estrangero le cuenta, co-

mo habiendo querido conducir por sí mismo un convoy de cajones de oro que sus camellos transportaban á las lejanas provincias del imperio, los bárbaros Ubeskos le habian atacado con furor, dejándole apenas tiempo para mandar á sus esclavos que se hicieran matar para que él tuviera tiempo de fugarse; pero que escapó del hierro para caer en las garras de la hambre, mas desapiadada aun. Sin Bedkandir hubiera muerto.—«Jóven pastor, conoce tu felicidad, añadió. Abenhazir te debe la vida; Abenhazir el mas rico; entre los ricos de Ispahan. Te dá gracias. Recibe esta bolsa que contiene mil cequíes. Concédate el profeta días tan puros como las perlas de un collar, y te haga llegar en seguida atravesando las nubes, hasta el regazo de sus mas graciosas huries.»

Dijo, y se acomodó con elegancia en un palanquin que habian improvisado sus esclavos, formado con ramas de palmeras y schales desatados de sus turbantes. Abenhazir saludó por última vez y se aleja. Bedkandir inmóvil le acompaña mucho tiempo con la vista.

Desde esta aventura el humor de Bedkandir ha experimentado un gran cambio. No deja de pensar en los esclavos, en el palanquin, en los suntuosos vestidos. Su bolsa puede proporcionarle todos estos bienes. El viejo pastor le ha dicho que con un tesoro semejante pueden comprarse muchas cabras y muchos hombres. Los deseos de Bedkandir empiezan á estenderse. Su jardin, privado de cultura se marchita y perece. El ganado ha perdido su pastor, el perro

las caricias: el dia y la noche pasan soñando con el pais donde los hombres son llevados en palanquin por otros hombres. Su enagenacion es tal, que solo piensa en ser llevado en hombros de sus semejantes.

Ocupado de estas imágenes se decide á abandonar la soledad, sepulcro de sus padres y tesoro de su indigencia. Confia el cuidado de su cabaña y rebaño al viejo pastor, y sin acordarse de su perro, que sin embargo le sigue, sale del valle y entra en la llanura que se estiende á su vista.

Pero no era solo los llanos lo que tenia que atravesar, sino también una cadena de montañas, é internarse en un espeso bosque, verdadero laberinto, de cuyas tortuosas veredas solo puede sacarle la fortuna: embarcarse despues en una frágil barca de juncos, luchar contra el torrente y tomar la orilla opuesta, sin otro socorro que un débil remo. A estos peligros suceden otros nuevos: Algunas horas, algunos pasos mas y Bedkandir se encuentra en el término de su viage; ¡pero cuántas horas no han transcurrido, cuántos pasos no ha dado desde que abandonó su pacífico retiro! Su valor estuvo á punto de abandonarle, y ya la esperanza se iba apagando en su alma, cuando odoríferas plantas, jardines cargados de flores, llanuras donde parecian impelidas por el viento rodar olas de verdura, le anunciaban lo que los viageros decian al pasar á su lado: «He aquí Ispahan: Ispahan que debe al grande Abbas la recuperacion de su esplendor antiguo.» Desplegando á la inmediacion de sus

murallas una fertilidad maravillosa, la naturaleza ha querido festejar á la capital de un pueblo cuyo rey se apellida hijo del sol. Por último se presenta Ispahan con sus santas mezquitas, sus doradas cúpulas, sus embalsamados jardines, sus voluptuosos bazares donde se ostentan sobre los pórticos formados con telas azules banderolas de mil colores. Ispahan despliega á los ojos habituados á la grande sencillez del desierto las magnificencias del lujo de la ciudad. Por mucho tiempo Bedkandir contempló la residencia del dueño absoluto del imperio, palacio guardado por dos elefantes que son el exacto emblema del despotismo oriental, mas pesado que fuerte. ¡Qué diferencia entre su humilde choza y aquellos elevados monumentos, aquellos jardines al aire en que los habitantes de las blancas y elegantes casas van á tomar el aire bajo la sombra de las lilas! Ah! no hay duda: los hombres creadores de tantas maravillas son infinitamente mas perfectos que los pastores del valle, quienes apenas saben en su estúpida ignorancia horadar una roca para albergarse.

Bedkandir atravesó los graciosos puentes, y recorrió las arcadas del caravanserail, admirando las fuentes de mármol, los baños con columnas de jaspe, el colegio de los sacerdotes cuyas puertas son de plata maciza, las orillas tan ponderadas del Zendebrond, donde bajo los cicomoros, una infinidad de pájaros de matizadas plumas saltaban y revoloteaban sin asustarse de la concurrencia, como si conocieran que no serian perseguidos y maltratados por

los habitantes de la ciudad, que embellecian con sus colores y gorjeos.

La curiosidad del pastor no tenia límites. Anda, vuelve, se para, observa, escucha: confundido entre la muchedumbre nadie repara en él. Poco le importa al principio; pero despues lo siente. Recuerda entonces á Abenhazir, y este recuerdo le consuela. Necesita encontrar un ser con quien hablar. ¿Le recibiría mal? No era posible. Le ha deseado la proteccion del Profeta y no le negará la suya.

Bedkandir se dirige hácia la casa del hombre del palanquin. Se la indicaron al instante porque el palacio del rico Abenhazir era conocido de todos. Llega á la puerta, pero en vano pugna por entrar rechazado por los esclavos. Bedkandir se irrita. ¡Con cuánta vivacidad refiere los socorros que ha prestado al soberbio dueño de aquel magnífico palacio, tan humilde cuando tenia hambre! Felizmente, uno de los numerosos esclavos que le escuchan riendo, le reconoce, y le sirve de introductor.

Ya está delante de Abenhazir. Le mandan que se prosterne y no lo hace. Sus animadas palabras recuerdan muy luego su cabaña, las frutas y la leche del desierto. En vez de responder, Abenhazir, negligentemente recostado sobre ricos tapices, apenas se digna dirigirle una mirada. Por último hace una seña. Veinte esclavos se apoderan de Bedkandir, le cogen en sus brazos y le conducen á un salon iluminado por una débil claridad: despues de haberlo desnudado le meten en un baño de mármol: los perfumes que exhala el cris-

talino elemento no le tranquilizan: grita y forzagea haciendo saltar copos de blanca espuma: emplea ya el ruego, ya las amenazas, levanta las manos á imitacion de Abenhacir: todos sus esfuerzos son inútiles: la misma seña no produce igual obediencia: llega á enfurecerse; pero cuando fuera del baño se dedican á su tocador, cuando se ve revestido con una fina túnica de lana blanca como el armiño, adornada de bordados y sobre la cual flota el caftan del mismo albo color; cuando un alfiler de zafiro brilla en su frente, la vanidad ocupa el lugar de la cólera.

Adornado y tranquilo vuelve á presentarse á Abenhazir, á quien encuentra rodeado de muchas personas. El lujo de sus vestidos se oscurece al lado del de Bedkandir, por consiguiente se considera igual á los demas. No tarda mucho tiempo en observar que Abenhazir dirige á todos palabras afectuosas excepto á él. ¿Qué servicios pueden haberle prestado para merecer tales distinciones? ¿Abenhazir no ha dormido sobre la estera de Bedkandir?

En medio de tanto convidado, se encuentra mas solitario que en el desierto, donde su perro, su caballo y sus cabrias le acompañaban constantemente. Inquieto, atraviesa por entre la multitud en todas direcciones, abre veinte veces la boca sin atreverse á hablar, porque todos vuelven la cabeza. Por último encuentra un anciano cuyo continente modesto le inspira confianza: se aproxima, titubea, pronuncia algunas palabras, se calla... y ¡oh ventura! recibe una respuesta y se entabla la con-

versacion. Bedkandir no es ya un extranjero en Ispahan.

El anciano le dice que es tío de Abenhazir, y que se llama Zahou.—¿Cómo! esclama Bedkandir, ¿eres su pariente y ni siquiera te habla?—Soy un testimonio vivo de la oscuridad de su origen: sin mi se titularia descendiente de un príncipe olvidando que es hijo de un tejedor.—No comprendo lo que quieres decir; pero si es que te desprecia ¿cómo vienes á su casa?—Porque si dejara de concurrir á ella diria que era un descastado y todos lo creerian. Cosa estraña! Mi presencia le incomoda y sin embargo le es necesaria: le incomoda porque le humilla: le es necesaria porque quiere dar á conocer que no desprecia su familia. El orgullo es tan ridículo, caprichoso y contradictorio como el amor. Si no tuviera orgullo seria un hombre apreciable.

Bedkandir iba á pedir la esplicacion de aquellas palabras incomprensibles para él, cuando toda la asamblea se conmovió con la llegada de un horrible jorobado.—Oh! oh! ¿qué significa esto? preguntó Bedkandir al anciano: ¿á qué especie pertenece ese individuo?—Se llama Ocktair.—Su nombre no me importa: ¿qué beneficios ha dispensado á tu sobrino para que le reciba con tanta complacencia?—Beneficios!... nadie los ha experimentado de su mano.—¿Con que nada ha hecho por esa multitud que se aparta para dejarle paso, por esos hombres, que segun se encorban parece que quieren rebajarse á su raquítica estatura?—Nada.—¿Ha nacido bajo una bóveda de oro, como aquel que me han

dicho que se llama rey, y cuyo palacio me han mostrado?—No: ha nacido bajo el látigo.—¿Es alguno de los sacerdotes que interceden para con el profeta?—Ni siquiera pertenece á nuestra religion: su culto está proscrito: ni es de nuestro país; se ignora su patria, caso que tenga alguna: ciudadano parásito, vive en todas las naciones, escepto en la suya.—¿Y lo saben?—Nadie lo ignora.—Entonces ¿cómo se prosternan ante él? Qué es lo que tiene?—¡Qué es lo que tiene! lo que tú no posees; lo que no poseerás nunca.

El pastor permaneció inmóvil, fijando sus miradas en Ocktair. Quería penetrar en qué consistía el homenaje que los demas le tributaban. Hubiera dado su bolsa por descubrirlo. Por mas que daba tormento á su imaginacion lo único extraordinario que encontraba en el jorobado era su jiba, lo que con efecto se divisaba desde una legua. Empezó á medirla con la vista y casi con envidia.

Solo le distrajeron los preparativos de la comida.

(Se concluirá en el número inmediato).

ROMANCE MORISCO.

ABENAMAR.

Embozado en su alquizel
El valeroso Abenamar,
A media noche pasea
Ante el balcon de su amada.
Su palidez, su temblor

Convulsivo, bien declaran
Que aguda punta de celos
Le desgarran las entrañas.
Le han dicho que su querida
Su amor y su honor ultraja,
Y que otro moro la sirve,
Y que ella su afecto paga.
En negra cólera hierve,
Llanto de fuego derrama
Y así sus celosas iras
En altas voces exhala:
—«Ven, dice, rival dichoso,
Dale á mi furor templanza,
Que en sed de verter tu sangre
Toda se me abrasa el alma.
Si eres moro bien nacido,
Porqué al desafío tardas?
Si quieres probar mi brio,
Aquí me tienes, qué aguardas?
Tu que ayer tan orgulloso
De valiente blasonabas,
Proezas mintiendo á miles
Con desdenosa arrogancia,
Tú, de quien tiembla el cristiano
Tú, el querido de las damas,
Tú, que ejércitos derrotas,
Ven, que un guerrero te aguarda.
Y no tardes porque juro
Que he de publicar tu infamia,
Si como vil y cobarde
No acudes á mi llamada,
Y que do quier que te encuentre
En la calle ó en la plaza,
He de apagar en tu sangre
El fuego de mi venganza.»
«—Defiéndetel grita un moro,
Montado en hermosa alfana.
Y desenvainando al verlo
Su tajante cimitarra.»

Y á su rival arremete
Pero con tanta desgracia,
Que á los primeros reveses
Quedó vengado Abenamar.

E. DE OCHOA.

ALBUM.

TEATROS.

PRINCIPE. Al fin se ha puesto en escena la *Pluma Prodigiosa*, comedia de magia, cuyos anticipados y pomposos anuncios nos hicieron concebir una alta idea de la composicion. Por desgracia esta se ha desvanecido, considerada la comedia bajo el punto de vista literario; y en verdad que nos prometíamos, ya que no una accion seguida y bien desenvuelta, algun pensamiento moral, cuando menos, ó alguna leccion provechosa.

Pero lo que la comedia pierde en esta parte, gana en la de pintura y maquinaria: magníficas decoraciones, entretenidos juguetes, deliciosas vistas, excelentes coros y vistosos bailes atraen al público á las repeticiones de la *Pluma prodigiosa*, que cada dia se vé con mas gusto, á medida que se perfecciona la ejecucion.

CRUZ. Un drama nuevo, original, histórico y en verso, bajo el título de *Juan de Escovedo*, se estrenó la noche del jueves 4 del actual. El protagonista revela la época del drama; pero no que representaria en él un papel secundario, colocando el autor, en nuestro concepto, en primer término, al famoso *Antonio Perez* su rival, secretario y privado de Felipe II. Con efecto,

este es el personage que llama la atencion, que intriga con finura, que derroca á su rival y que por último le mata: al paso que *Escovedo*, intrigante de segundo orden, desgraciado en sus empresas, torpe en el modo de dirigirlas y aun odioso en su desempeño, lejos de interesar al espectador, solo consigue realzar mas el lustre de su-antagonista.

El autor, ciñéndose estrictamente á la historia, se separa de ella únicamente para enredar la fábula, sorprendiendo el secreto del amor de Perez hácia la princesa de Eboli, haciéndole concebir celos de su amante. Despues el drama marcha á paso lento hácia la catástrofe sin incidente, sin intriga, sin animacion, sin colorido; y sin embargo, el autor ha empleado lindísimos versos, única cualidad que ha salvado su composicion de una caída ruidosa. El público al manifestarse frio y no severo, demostró que sabe agradecer los esfuerzos de nuestros ingenios, y que la ejecucion y el lujo de los actores y de las escenas, eran acreedores á ser tomados en cuenta para pronunciar un fallo mas ostensible de desaprobacion.

Como anunciamos en nuestro número anterior, ha llegado á esta córte el tenor RUBINI. En su consecuencia empezarán á mediados de mes las representaciones líricas en el Liceo.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.